
RER

Revista de Estudios Rectificados



Año 1

Número II

Junio

2019



RER

Revista digital sobre el Rito Escocés Rectificado

Redacción:

Caballeros del Mediodía 189

Gran Logia de España

Gran Logia Provincial de Andalucía

Dirección electrónica:

revistaestudiosrectificados@gmail.com

ÍNDICE

El Tricornio

Pág. 3

Logias de San Juan

Pág. 5

El RER como vía de realización espiritual

Pág. 14

Deponens aliena ascendit unus

Pág. 24

El símbolo ancestral del Agua

pág. 31

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

El Tricornio

Queridos Hermanos lectores:

Llegamos a nuestro tercer número y pese al breve trayecto, debemos realizar la parada estival. Volveremos para octubre una vez transcurrido el verano.

Dada la excepcionalidad que supone esta parada, la Redacción ha considerado publicar un mayor número de páginas para su lenta y atenta lectura. Vamos a disfrutar de tres artículos.

El primero de ellos da una visión muy documentada y reflexionada sobre la Fiesta de San Juan que celebraremos el próximo día 24 de junio. Es una visión rompedora respecto a lo que hasta ahora podáis haber leído y expresa profundamente lo que el RER ve en esa fiesta.

El segundo es una reflexión sobre el RER como vía de realización espiritual, también de hondo calado.

El tercero y último es un recorrido por algunas enseñanzas rectificadas. Muy aconsejable también una lectura masticando lentamente cada palabra leída.

En definitiva, esperamos que os sirvan como elementos que radicados en un rito distinto al que practicáis sean motivadores para continuar con vuestro particular camino iniciático.

En otro orden de cosas, anunciaros que ya hay un nutrido grupo de hermanos interesados en el proyecto de levantamiento de Columnas de una logia que trabaje el Rito Escocés Rectificado en Andalucía. El próximo mes de octubre mantendremos un primer encuentro para seguir perfilando el proyecto.

Para cualquier consulta o información, podéis dirigiros al correo: revistaestudiosrectificados@gmail.com

Damos desde aquí las gracias por la cálida acogida de esta humilde publicación y del proyecto que encarna.

La Redacción

Editorial

Los masones celebramos el solsticio de verano (San Juan de Verano), fiesta de una gran carga simbólica para aquellos que buscamos la Luz. El día más largo del año y la noche más corta suponían para los pueblos primitivos la glorificación de la abundancia, de las cosechas, de una vida más placentera lejos del frío invierno. Masonería y solsticio forman un binomio simbólico que se recuerda y trabaja dos veces al año.

La masonería tiene por objeto la búsqueda de la verdad, el estudio de la moral y la práctica de la solidaridad; trabaja por la mejora material y moral, el perfeccionamiento intelectual y social de la Humanidad. Esas son nuestras luces, el faro que alumbra nuestra ruta, y eso es lo que celebramos en nuestras logias: una humanidad mejor y más esclarecida.

Que se haga la Luz. Que mueran las tinieblas, que desaparezca cualquiera de las nubes que ensombrecen al ser humano y a nuestro ecosistema llamado Tierra. Masonería y solsticio se revelan, así, como una alianza tradicional discursiva en pro del progreso humano.

Sabiendo que cada nueva luz proyecta nuevas sombras, nuestra labor es interminable, porque la pureza es inalcanzable, pero sí puede servir de modelo al que mirar a la hora de realizar nuestros trabajos, a la hora de relacionarnos con los demás, a la hora de ejercer nuestras obligaciones de ciudadano. Cada mejora es un hito; cada ocasión de ser útil, una victoria.

En este mes en que los Hermanos de las logias comienzan sus vacaciones estivales, aliviaremos nuestras cargas y podremos imaginar en nuestro asueto un mundo mejor para todos. Imaginación que nos hará volver a asir las herramientas de mejora personal y compromiso social en septiembre con energías renovadas.

¡Buen viaje!

La Redacción

Logias de San Juan

A la Luz de la Duodécima hora

La proximidad de la fiesta cristiana de Juan el Bautista ha hecho aconsejable posponer otros trabajos en curso. Hemos centrado nuestro interés en algunas enseñanzas que convienen a todos los grados masónicos en nuestro Rito, y que atañen muy particularmente a los tres primeros grados, conocidos como azules, y que son propiamente las logias de San Juan.

Esta plancha no tiene pretensión erudita, y se limita a un sencillo recurso al Ritual del Grado de Aprendiz, apoyado por algunas reflexiones de Jean Tourniac (*Symbolique maçonnique et tradition chrétienne*, Dervy 1993) y de Paul Naudon (*Les loges de Saint Jean*, Dervy 1974, 1999). Puede que este breve texto ayude a meditar sobre una celebración tradicional masónica de primer orden, que la masonería descristianizada o bien ignora o bien ha paganizado al transformarla en sincréticos ‘banquetes solsticiales’.

Como la fiesta de San Andrés, las de los dos San Juan han sido convenientemente ‘rectificadas’ por nuestro Rito, y no para empobrecerlas sino para darles toda su fuerza y autenticidad cristiana. Tampoco estamos hablando de una celebración exotérica, religiosa, sino de unos momentos dedicados al conocimiento sagrado, a la búsqueda iniciática de la Luz desde unas sólidas bases de tradición cristiana antigua y medieval: los dos San Juan enmarcan toda la actividad del curso masónico rectificado.

San Juan en la masonería tradicional

En la vieja leyenda de la Orden, se atribuía a San Albano –hacia el s. IX- el establecimiento de la fiesta del 24 de Junio para la asamblea anual de los masones (Dumfries nº 4, 1710). Lo cierto es que los caballeros del Temple, pero también los del Hospital, se pusieron desde el principio bajo la protección de San Juan (Naudon, p. 38) y que los masones medievales trabajaron estrechamente ligados a los templarios.

San Juan Bautista era patrón de los obreros del metal, y San Juan Evangelista era el apóstol de la Sabiduría divina y por tal lo asumieron los sacerdotes-guerreros del Temple. Tampoco debiéramos despreciar el hecho de que fuera San Bernardo, el inspirador e impulsor de la Orden caballeresca del Temple, desde una óptica rigurosamente cristiana. Lo que pronto sucedió fue la confusión entre ambos santos, ya que participaban de algunos rasgos comunes,

además de situar sus fiestas en los solsticios, que antes fueron dedicados al dios romano del doble rostro, Janus, la divinidad de las puertas de acceso a la vida y a la muerte.

Fueron los seguidores del pastor James Anderson quienes muy pronto, en Londres, abandonaron unas fiestas masónicas de corte medieval, y por lo tanto de rasgos católicos o de cristianismo antiguo. En 1728, la masonería de los que serán llamados ‘Modernos’ celebra su último San Juan de verano. Pese a las críticas de los ‘Antiguos’, que las siguieron celebrando hasta 1813, la Gran logia Unida de Inglaterra excluirá definitivamente unas fiestas juzgadas excesivamente católicas.

En Francia, donde los dos San Juan fueron preservados durante todo el siglo XVIII, al empezar la Revolución Francesa, las llamadas ‘logias de la Montaña’ (Naudon, p.51) cortaron también con algo que les parecía demasiado eclesial. Cuando la Masonería se recobre en el continente, las fiestas serán simplemente banquetes solsticiales y el simbolismo cristiano quedará postergado en medio de una mezcolanza de signos y lemas de origen diverso. Únicamente el Rito Escocés Rectificado mantuvo su fidelidad a las fiestas de los dos San Juan, en su sentido medieval estricto. Hoy, nosotros, seguimos con esta celebración iniciática cristiana, ya milenaria, gracias a la pervivencia de la ‘Rectificación Escocesa’.

Los dos San Juan y el Templo masónico

“- ¿Cómo se llama la Logia?

- Logia de San Juan... y todas tienen el mismo nombre.

- ¿Por qué?

- Para traer a nuestra memoria a aquél que fue elegido por el Gran Arquitecto del Universo para venir a *anunciar la Gran Luz* y que los francmasones han escogido como patrón.

- ¿Por qué los masones celebran también la fiesta de San Juan el Evangelista?

- Porque *ha reunido a los obreros* que estaban dispersos.”

(Ritual del Grado de Aprendiz, RER, 1ª sección)

No era la Luz, sino quien daba testimonio de ella, nos cuenta del Bautista el otro Juan, en el Prólogo a su Evangelio. Basta con releer esa formidable página dedicada a la luminosa llegada del Mesías, para saber que el hombre que bautizaba con agua del Jordán era el preludio del bautismo en Fuego y en Espíritu, la antesala viva de la Luz. Como el gallo, que con su canto y su plumaje

rojizo preludia el día, Juan el Bautista anuncia el advenimiento de la Luz verdadera, y otras tradiciones ya habían asociado el gallo a la llegada del sol (Tourniac, p.84). Juan anuncia la Gran Luz, como vemos que dice la Instrucción del Aprendiz.

Pero sólo la sabiduría, la certeza del camino a la Luz, puede presentir su retorno. Por eso Juan el Bautista, que se cubre con una piel de cordero, es quien representa la unión del sol con la constelación de Aries (el cordero), que tiene por símbolo la letra griega gamma, la misma que en hebreo (guimmel) es la inicial de las tres palabras sagradas ‘sabiduría, belleza, fuerza’ (Naudon, p. 64), y la misma con la que empiezan las palabras griegas Gnosis (conocimiento supremo) y Genos (generación). Juan el Bautista es quien abre los caminos a la Luz del Conocimiento, a la reintegración en nuestra verdadera naturaleza. Tan sólo es el comienzo de la andadura, pero con el Bautista se cierra la puerta de la vieja Ley (Tourniac, p.82) y se abre la ruta de Luz, la del Mesías, de quien el asceta del Jordán dijo a sus discípulos: “Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego” (Lucas 3, 16).

Y así es la festividad de San Juan Bautista: un punto de inflexión en la vida de los iniciados, el instante en que se cierra la puerta de las formas vacías y se emprende el descenso a los infiernos y a la muerte, ocaso de la naturaleza y del hombre de deseo. El año, en su punto de mayor luminosidad, emprende su descenso hacia la oscuridad invernal; las rojas hogueras, que antes con los celtas y luego con los cristianos daban 24 horas de plena luz, dejarán paso a los amarillos del Otoño y a los grises del Invierno. Por ello, el Bautista, con su acción firme, abre la puerta a su muerte, la llamada Ianua Inferni (Tourniac, p.86). “Él debe crecer y yo disminuir”, les dice a sus seguidores poco antes de morir (Juan 3,30).

Mientras el gallo, con su canto, anuncia la llegada de la aurora, el águila, con su vuelo ascendente, expresa toda la fuerza de la luz solar. El hijo menor de Zebedeo, Juan el Evangelista, vivirá directamente la experiencia del renacer en el Espíritu y su obra es el mayor testimonio de la Luz. Con su Evangelio, el discípulo predilecto de Cristo cierra el libro del mundo y abre la Ianua Coeli, la Puerta del Cielo (Tourniac, p.89). Su festividad, en el solsticio invernal, allí donde la luz del día es más corta y débil, culmina el tránsito por la muerte en los Infiernos y emprende la ascensión hacia la plenitud luminosa del día. Por esa razón, el águila es el símbolo del evangelista (Naudon, p.85) que vivió hasta edad avanzada en la isla de Patmos: todo, en su Evangelio y en su Apocalipsis, indica que el tiempo de oscuridad y muerte termina, y comienza la hora del renacimiento, la de ascender hacia la Luz de la Verdad.

A los hermanos Santiago y Juan, Cristo les llama ‘Hijos del Trueno’, porque como en otras tradiciones, la Luz creadora habla con la pujanza del Trueno o la Palabra. Hijo del Trueno, testigo amado de la sabiduría divina, Juan será el Patrono de los guerreros templarios y de los constructores de catedrales, porque sólo desde la sabiduría de quien está en la Luz y vive eternamente por Ella se puede combatir con las ilusiones del mundo y perseverar elevando belleza hacia los cielos. Sin duda, los masones medievales adoptaron de sus protectores del Temple a Juan el Evangelista como patrono (Tourniac, p. 116), ya que compartían espacios urbanos y veneración por el discípulo predilecto, aquél a quien le fue confiado el Conocimiento supremo, y cuyo símbolo de fuego y luz es el águila.

Resulta relevante que el hermano de Juan, Santiago el Mayor -primer Obispo de los cristianos en Jerusalén- sea el patrono de los Compañones, la otra vía iniciática que le queda a la Europa occidental. Como explicaba Guénon en *Las piedras del rayo* (Símbolos fundamentales de la Ciencia Sagrada, Paidós p.139), el martillo de Thor para los germánicos como el labris o hacha para los minoicos de Creta es el símbolo de la pujanza divina, de la Realidad manifestada, siendo a su vez luz creadora y voz de la Verdad. El malleto del Venerable, en la Logia, es ese mismo símbolo de luz -el rayo entre las nubes- que descarga su sonido cuando golpea en la mesa del Maestro del Taller y repercute cadenciosamente en las mesas de los Vigilantes, en un movimiento zigzagueante que es propio del rayo, que parte de Oriente para iluminar hasta el último confín occidental del Templo. Y como la Luz del Principio, su fuerza sería demasiado cegadora para poderla recibir directamente en el Oeste, sin los movimientos refractantes que producen los malletes de ambos Vigilantes.

Como San Juan en Invierno, el Venerable Maestro se sitúa en Oriente para guiar con su luz, como dice nuestro ritual de Primer Grado. Y su símbolo más visible y operativo es, justamente, el malleto, conjunción de luz descendente y palabra creadora. En palabras del Venerable al cerrar la Logia:

“Hermanos míos, cuando para perfeccionar vuestro trabajo busquéis la Luz que es necesaria, recordad siempre que la hallaréis en Oriente, y que sólo allí la podréis encontrar”.

Ritual del Grado de Aprendiz, RER, Cierre de la Logia)

Para la mayoría de tradiciones de los últimos milenios, la apariencia de muerte y oscuridad está en Occidente, como en nuestras logias, que es por donde se llega desde el mundo profano. El Bautista se sitúa a las puertas del Templo, como los accesos medievales a las iglesias (Naudon, p.78) y las mesas de los

Vigilantes masones, pero el Evangelista, al igual que los Venerables de las logias, está instalado en pleno Oriente, allí donde renace la Luz. Como recuerda magistralmente la Instrucción Moral del Aprendiz, tras su recepción en Logia, la luz dada inicialmente lo es en Occidente, porque el neófito tampoco podría soportar mayor intensidad luminosa:

“El débil rayo de luz que habéis recibido es una de las más importantes lecciones que la Orden pudiera daros. Salíais de una profunda oscuridad, que os recordaba las tinieblas en las que está sumergido el hombre que no se ha estudiado aún, y que cree, no obstante, conocerse completamente. Deseabais la luz, pero vuestros ojos estaban aún muy débiles para contemplarla en su esplendor...

Se os ha enseñado mediante esto lo débil que es la luz que el hombre porta al nacer: si la descuida puede perderla por completo y caer en las más espesas tinieblas, pero también que él puede acrecentarla en gran manera mediante el buen uso que de ella haga, y que debe igualmente esperar el descubrir a través de ella la verdad, a pesar de las brumas espesas que la ocultan a los ojos vulgares”.

(Ritual del Grado de Aprendiz, RER, Anexo I, Instrucción Moral)

Hay, sin duda, identificación simbólica entre el Venerable Maestro y el Sol, entre el Conocimiento y la Luz irradiante que emerge por el Este, tal y como lo enseña la Instrucción del Grado de Aprendiz. Pero también hay identificación entre los Vigilantes -situados en el otro extremo del Templo, junto a las columnas que dan acceso al mundo real, a la sacralidad- y la Luna que refleja la luz solar, porque todo el espacio sagrado abierto por el Venerable y sus ayudantes, los Maestros Vigilantes, es un ámbito en el que se expande la claridad y se disipan las tinieblas:

- ¡Explicadme el emblema de la Luna!
- Representa a los Hermanos Vigilantes, que, así como la Luna recibe y refleja la luz del Sol, reciben y reflejan la del Venerable Maestro sobre todos los Hermanos.

(Ritual del Grado de Aprendiz, RER, Anexo II Tercera Sección)

Juan el Bautista anuncia la venida de la Luz verdadera; Juan el Evangelista cierra las ilusiones mundanas y habla de la Luz Eterna iluminada directamente por Ella. La masonería medieval asumió a los dos Juan como los dos pilares de la Luz mesiánica, el uno alzándose como el águila en el Oriente, el otro preparando los caminos de quienes emprenden la marcha hacia la intensidad solar. Puertas solsticiales que abren a la humanidad y a la divinidad, comentó incisivamente René Guénon (op.cit., páginas 103, 186 y 189), situadas en el

mundo inconsistente de la Manifestación y en el mundo estelar de eternidad. Pero mucho más que eso, puertas de Luz que permiten a los masones cristianos operar durante todo el año guiados por la luz de la resurrección: desde la débil luz lunar que alcanza Occidente por la acción sagrada de los Vigilantes hasta la poderosa Luz divina que brota inagotable desde el Oriente en que Sol y Venerable se unen para guiar a los masones en su trabajo de retorno a la Vida, a la Luz..

Hogueras de San Juan Expandiendo la duodécima hora

Desde niños, para muchos de nosotros, el fuego crepitante de las hogueras de San Juan -la noche del 23 al 24 de Junio- ha sido el corazón de una noche mágica. En pueblos mediterráneos, esa antigua práctica sigue viva, aunque frecuentemente adulterada de forma profana y casi irreconocible en su significado, poderosamente solar. Cada hoguera es un paso de luz hacia la aurora, cada fuego que se enciende en valles y montes es una disminución de las sombras nocturnas. Lo supieron los celtas, los romanos, pero también griegos e hindúes cuando incineraban a sus difuntos en la noche, creando una torre de fuego y humo para unir tierra y cielo. El cristianismo lo retomó, y sólo podía poner la celebración bajo la protección del Bautista, aquél que anuncia la inminencia de la Luz.

En otro rito escocés (el R.E.A.A.), la Instrucción para los Aprendices precisa que la regla de 24 divisiones es una referencia y un modelo para el masón, invitándole a aprovechar hasta la más pequeña fracción de tiempo, dentro y fuera del recinto del Templo. En nuestro Rito Escocés Rectificado, nuestra pedagogía iniciática es más gradual, más consciente de las dificultades para estar en la ruta luminosa con igual intensidad todas las horas de nuestra vida: el objetivo es bañarnos en la Luz, ser Luz, reintegrarnos en nuestra auténtica naturaleza, como expresaba Martínez de Pasqually, pero esa es una larga y porfiada tarea para el iniciado:

- ¿Por qué respondéis que es la Duodécima Hora cuando os reunís en la Logia, y por qué dais la hora de convención humana a la salida?
- Porque el intervalo desde el cierre hasta la apertura de los trabajos designa el tiempo que es empleado en las ocupaciones profanas, durante el cual todo el trabajo masónico es suspendido.



-
- ¿Qué entendéis por esto?
 - Que el masón debe desear el tiempo en el que podrá, sin pausas ni intervalos, emplear todas las horas, días, meses y años a perfeccionar sus trabajos.

(Ritual del Grado de Aprendiz, RER, Anexo II Tercera Sección)

Entre los símbolos del Grado de Aprendiz destaca, por su carácter irradiante y nada fúnebre, el Triángulo o Delta que preside el Oriente, justamente allí donde se sitúa el Maestro de la Logia. Esta plancha muestra un triángulo equilátero perfecto, con sus tres lados rodeados por rayos de luz (I, p. 133) y sobre cuyos costados exteriores se inscribe la frase del Prólogo al Evangelio de San Juan:

“.. Et tenebrae eam non comprehenderunt”

“... y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron” (Juan I, 4-5, Biblia de Jerusalén), aunque otras versiones matizan así: “...la luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no ha podido ahogarla” (Juan I, 5 Biblia Catalana Interconfesional). Las tinieblas simbolizan la ignorancia, el desconocimiento e incluso el Mal, porque el mal no es otra cosa que la ausencia de Luz, de Armonía, de Verdad eterna. Juan, a orillas del Jordán, anunció la Luz, aunque él no era la Luz: su persona, austera y profética, bautizó a Jesús por el agua. Jesucristo era la Luz que vino al mundo, y el mundo no lo reconoció, pero quienes le recibieron tuvieron poder para convertir y convertirse en Hijos de Dios –hijos de la Luz, dirá Pablo- y alejar la falsa realidad, la oscuridad incapaz de vencer o cubrir la Palabra y su Luz.

¿Cómo celebrar, en masonería tradicional, cristiana, un San Juan de Verano sin volver atentamente al Prólogo del Evangelio del otro Juan?. Resulta indispensable dejar paso a la Palabra de Verdad que retornó con el Mesías, contemplar en nuestros corazones la Luz que es la Vida del Mundo y los hombres, y hacerlo meditando ese asombroso Prólogo de Juan el Evangelista, inspirado por el Espíritu, y en el que el apóstol habla del Juan profeta, que le precedió preparando los caminos de la Luz.

Muchos otros pueblos, en sus símbolos, han venerado la Luz y su manifestación simbólica, el Sol. La misma esvástica –lamentablemente usurpada por políticos modernos- era para romanos y es para los hindúes una cruz en movimiento luminoso (Naudon, pp.132/145), en el mismo sentido en el que los masones circundamos en nuestras logias de San Juan, de Occidente a Oriente, pasando por el Norte, como en la ruta que siguen las manecillas de nuestros

relojes en plano circular. Luz solar, símbolo de la Luz Primordial de la Verdad, Luz del Conocimiento que disipa las tinieblas de la ignorancia y nos libera paulatinamente de nuestras torpezas y esclavitudes.

Incluso un pensador moderno, desgarrado y angustiado como Nietzsche, soñó con esa Luz de los antiguos que él no logró vislumbrar:

*“El sol del conocimiento está ya en su cénit
y a su luz yace enroscada la serpiente de la eternidad:
¡Es vuestra hora, hermanos del Mediodía, es vuestra hora!”*

(F. Nietzsche: Notas marginales a *Así hablaba Zaratustra*)

Como tantos y tantos humanos inquietos, el filósofo nihilista intuyó la Verdad de la Luz, pero trató de olvidar que el mismo Zoroastro o Zaratustra era un hombre inspirado por Dios que dio su mensaje a su gente, los persas anteriores a la llegada del Mesías. Nuestra ruta, dentro y fuera del Templo, desde la Duodécima Hora, la más sagrada, aquella en la que el Venerable difunde la Luz a través de sus Vigilantes, sobre todo el Templo reconstruido, es también la ruta del conocimiento, aquella que va desde nuestro corazón al corazón mismo de la Luz. Nos concentramos en nuestros símbolos y en nuestro ritual desde la Duodécima Hora, aquella en la que los sacerdotes egipcios –hace ya seis mil años- abrían la jornada sagrada al venerar al sol en su cénit. Luego, cuando cerramos nuestros trabajos de Hijos de la Luz, la hora profana echa su manto de tinieblas, como si la ignorancia y el desamor fueran reales, pero nosotros recordaremos que ‘*..et tenebrae eam non comprehenderunt*’, porque sólo la Luz es Verdad y Vida.

No celebramos –como yo mismo pensaba antes de entrar en la masonería rectificada- un banquete solsticial cualquiera. Ritualizamos el anuncio de la Luz, junto a las hogueras que difunden su tenue fulgor hacia las estrellas, y lo hacemos bajo el manto protector, solar, de Juan el Bautista. Y luego, en el solsticio invernal, celebramos la venida de Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida... y todo ello es una epifanía, una revelación de Luz que los cristianos y los masones tradicionales acogemos con agradecimiento y voluntad de avanzar... hasta que la Duodécima Hora se expanda al más modesto de los minutos. Tenemos un gran trabajo por delante, para ir desde la más débil claridad hasta la única Realidad de Luz.

“Declaro que sois dioses” había dicho el salmo del Antiguo Testamento, y había repetido Cristo, al proclamarse Hijo de Dios (Juan X, 34-36):

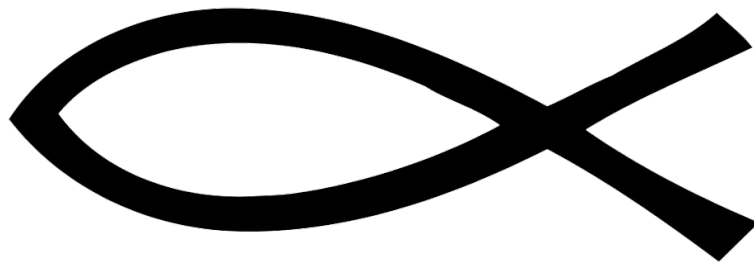
“¿En vuestra ley no está escrito: Declaro que sois dioses?. Por lo tanto, si la Escritura, que no puede anularse, llama dioses a quienes recibieron la palabra de Dios, por qué a mí –a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo- me acusáis de blasfemia cuando declaro que soy Hijo de Dios? “.

(Juan X, 34-36)

Los dos Juan, el precursor y el predilecto del Mesías, son Hijos de la Luz. Con ellos cerramos la vieja ley, las horas profanas y tenebrosas, para abrir nuestra personal e inevitable bajada a los infiernos y nuestro renacer. Solos no podríamos; con la ayuda del Hijo y nuestro anhelo de Verdad, sí, no por nuestros esfuerzos sino por la misericordia del Padre. Ahora, cuando las hogueras se preparan para eliminar la noche, los masones tradicionales podemos rememorar aquella cena que fue preludio del descenso de la luz y de las angustias de la oscuridad: sin muerte, sin el dolor de vivir en este duro valle de lágrimas, nunca podríamos apreciar en su plenitud la Luz que crece en el horizonte del Gran Arquitecto del Universo. Como clamaba Baruc, profeta de Israel en la oscura cautividad de Babilonia:

*¡Mira hacia Oriente, Jerusalén,
y ve la alegría que te viene de Dios!*

Baruc, 4, 36



El Rito Escocés Rectificado como vía de realización espiritual



Después de estos años de práctica masónica personal en este Rito, me parece natural posicionarme en relación a mi búsqueda primitiva. Los deseos iniciales, ¿han sido satisfechos?, ¿me he equivocado de vía?.

Por lo que yo recuerdo, no he tenido por finalidad otra búsqueda que la Realización Espiritual. Por otra parte, ¿qué puede haber más normal para un «Guenoniano» sediento de esoterismo y de liberación de su condición humana manifestada?.

Los caminos de Dios son impenetrables, y esta voluntad, después de haberme hecho acariciar el exotismo de diversas vías orientales, me llevó a la Tradición cristiana y ésta epopeya me hizo naturalmente descubrir el R.E.R.

Buscador coetáneo como uno es del siglo de René Guénon, constato que éste nos empuja a posicionar dicha Tradición como heredera legítima de la Tradición Primordial al mismo nivel que buen número de otras tradiciones diversas. Por otra parte el mismo Guénon se nos presenta como garante, ante nosotros los cristianos, de esta homologación con altivez y por analogía a las otras Tradiciones.

Esta Tradición, generadora de todas las tradiciones auténticas que le siguieron, se caracteriza por ciertos rasgos ineludibles. Se expresa por vía de un

simbolismo trascendente situado justamente más allá de las particularidades de cada tradición; tiene un origen no humano, una cadena interrumpida y su forma está más allá de las filosofías inherentes a las diversas épocas de la humanidad; es de ámbito de lo metafísico, el único capaz de resolver los problemas que sobrepasan el ser y la recaída del Principio Universal.

Este Principio siendo ineludible, Uno y Trascendente, resulta natural que todas las Tradiciones que de él derivan posean un «tronco común» y podemos así hablar de «unidad trascendente de estas Tradiciones».

De este modo, y solamente de acuerdo a los preámbulos antes descritos, nuestro H.·. René Guénon nos enseña que este depósito no humano se transmite y se conserva.

Nuestra Tradición cristiana pues, por su simbolismo trascendente, su cadena interrumpida que se remonta al primer hombre, sus intercambios directos con Dios y su vinculación a Su Principio forma parte por completo de la Tradición Primordial.

Podríamos detener ahí nuestro trabajo y declarar que, Inch Allah, podemos dormir tranquilos. Pertenecemos sin duda alguna, y con «iguales méritos», podríamos decir, a la diversidad de tradiciones auténticas directamente salidas de la Tradición Primordial. Con este pasaporte, tenemos pleno derecho a presentarnos ante un musulmán, un budista, un taoísta y lo que haga falta.

Sin embargo, ¡un detalle me preocupa!.

Si nos remontamos al más lejano rastro escriturario de la humanidad; Adán y Eva, revestidos de sus hábitos de piel concibieron a Caín el cultivador y a Abel el pastor. Cada uno hizo una ofrenda a Yahvé, pero sólo fue agradable la de Abel. Se podría deducir de ello que Dios rechaza a los vegetarianos.

Más seriamente, Dios acepta el sacrificio de Abel porque es el símbolo del sacrificio expiatorio por la sangre derramada. Esta ofrenda era de naturaleza divina pues constituía una prefiguración de la oblación de Cristo, hijo de Dios.

Esta claro que esta ofrenda, la única reconocida por Dios, toma plenamente su lugar en nuestra Tradición revelada y aunque Abel no tuviera descendencia, queda como ejemplo a seguir en nuestra enseñanza.

En cuanto a la ofrenda de Caín, por analogía, queda como el ejemplo a descartar, el de la glorificación del trabajo del hombre ejecutado no a la gloria de Dios sino para su propia gloria.

Analicemos en primer lugar la ofrenda de Abel. Consciente del horror de la prevaricación, esta Tradición se manifiesta por un sacrificio expiatorio del primogénito del rebaño a fin de obtener la reconciliación con lo Divino reconociendo el error de sus progenitores. Esta ofrenda fue hasta tal punto aceptada por Dios, que él mismo a su vez ofreció a su único hijo en oblación. Estamos pues claramente en un esquema divino. Por analogía para nuestro camino, es la vía más directa y la única santificada por el Señor. La volvemos a encontrar tal cual en el R.E.R. y enseñada desde el grado de Aprendiz hasta el más alto, o quizá mejor, el más interior. Ella indica que el hombre sólo puede arrepentirse y rogar, pues nada de bueno puede ocurrirle sin la ayuda del Espíritu. El hombre puede purificarse, santificarse por sus acciones, pero la Reconciliación sólo puede venirle de Dios.

Dios, pureza infinita y Amor sin límites; nada puede aproximársele que manche su naturaleza. Sólo puede ser atraído por un corazón puro. ¡Solamente Él sabe reconocer un verdadero corazón puro!.

La otra Tradición, personificada por Caín, reposa sobre una necesidad, legítima si se quiere, de complacer a la Divinidad, pero glorificando su propio trabajo. En esta ofrenda, Dios ya no tiene un papel activo hacia su criatura. Ésta trata de complacerle sin remisión de la propia culpa, dándole tan sólo los frutos de esta naturaleza trabajada por sus manos.

Esta ofrenda no santificada, basada en la acción unilateral del hombre con la ayuda de la producción de la naturaleza, prefigura la decisión humana de subir hacia la Divinidad por la sola fuerza de su propia voluntad. Al margen pues de toda aprobación divina.

Diversas vías proponen algunos restos de estas distintas tradiciones olvidadas a menudo y a veces corrompidas. La alquimia, el hermetismo, la magia por citar solamente algunas. Por su aplicación en el ejercicio de una de estas artes, el adepto estaría teóricamente en capacidad de reencontrar el camino de retorno a la Tradición Primera. ¡Como si bastara con respetar un esquema para recibir un distintivo de calidad!.

Esta vía se parece mucho a la construcción de la torre de Babel. Obra realizada bajo la excusa de reencontrar a Dios pero cuya finalidad real era glorificar al hombre.

Volvamos ahora al asunto que nos preocupa. Remontándonos así en la lejanía, ¿cuál es esta Tradición que René Guénon nos presenta como ineludible y fuente de todas las Tradiciones?. ¿La de Caín o la de Abel?.

Los análisis de nuestro H.·. René Guénon lo llevan a considerar al hombre como prisionero de un desarrollo cíclico de los acontecimientos de la Tradición. Todo parece desarrollarse indudablemente como si Dios hubiera decidido un plan definitivo y que los únicos elegidos serían aquellos que habrían escogido la buena vía, que practicaran perfectamente los rituales, usos y costumbres y que en fin, a fuerza de trabajo serían cincelados por el método.

¿Es la voluntad del hombre o la de Dios la que debe ir primero?. ¡Si todavía tenemos dudas sobre la respuesta correcta, releamos la primera petición que formulamos en el «Padrenuestro» relativa a la Voluntad!.

Si aún así dudamos de nuestra vinculación a la Tradición Revelada y aceptada por el Señor mismo, contemplemos más de cerca la Tradición Noaquita.

Acontecimiento sin precedentes en la historia de nuestra Tradición, incluso si el hombre lo clasifica actualmente como anécdota de caperucita roja. Este episodio es el Diluvio. Entre Adán y Noé, la prevaricación por así decirlo había parido por todas partes.

Casi nada puro parecía respirar en este mundo y la tierra misma estaba alterada. Entonces, para este Dios de Amor inconmensurable, sólo quedaba una solución: destruirlo todo por el elemento AGUA. Podemos imaginarnos la medida de esta decadencia para que Pensara este destino para este mundo, tuviera la Voluntad de realizarlo y luego entrara efectivamente en la Acción de destrucción; única posibilidad que quedaba con visos a la purificación de esta humanidad y su procreación futura.

Noé, ¿quién era este hombre?. ¿Un sabio?, ¡no!; ¿un filósofo?, ¡no!; ¿un sacerdote?, ¡no!; ¿un profeta?, ¡no!; ¿un lama?, ¿un sufí?, ¡todavía menos!. Era simplemente un hombre puro que escuchaba la palabra de Dios.

No hay un hecho más luminoso que éste para demostrar la destrucción de la Tradición Cainita. En todo caso podemos decir hoy que una de las dos tradiciones primordiales se ahogó. Ahogada ciertamente, pero sin embargo no perdida del todo de la memoria del hombre, pues fiel a su voluntad de querer comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, no tardó en desobedecer de nuevo construyendo la Torre de Babel.

¡Qué bella imagen de la locura del hombre que cree poder llegar a Dios por sus propios medios!. Si nos dejamos ir, no estaríamos muy lejos de ver un navajazo a esta Tradición Primordial.

Las tres religiones monoteístas han velado púdicamente este período haciendo de nosotros hijos de Abraham y no de Noé. Si no les prestáramos atención, podríamos creer que la Tradición Primordial se remonta a Abraham.

Por el contrario, René Guénon, la sitúa en el período post-adánico. Esta Tradición fue llevada a la edad de oro por la civilización hiperbórea. ¿Cómo, nosotros los cristianos podríamos admitir una edad de oro posterior a la prevaricación?. Yo sé bien que para muchos de nuestros sacerdotes (o quizá mejor nuestros curas), el pecado original es a clasificar entre los mitos fundadores, en el mismo rango que Hércules o Ulises.

Es más, incluso queriendo considerar una edad de oro, ésta solamente hubiera podido tener lugar cuando el hombre era Imagen de Dios, antes de su caída. Su caída lo precipitó al mundo creado, el mundo del nacimiento y la muerte. Este fue el duro tributo a pagar por su culpa. Podemos difícilmente admitir esta decadencia como el principio de una edad de oro magníficamente descrita por ciertos guenonianos de renombre.

En fin, vino el Salvador. Todas las Tradiciones presumen de un Dios o Profeta fuerte, invencible, destructor de todo lo que se le opone. No hay mayor locura que venerar a un Héroe montado en un asno y que corre a su destrucción después de sufrimientos inimaginables. Locura para los hombres, Sabiduría para Dios que ofrece a su Hijo en oblación para salvar su criatura.

Este Dios, definitivamente decepcionado por su criatura traidora y blasfema, redime a este hombre por la muerte de Aquel que es lo más precioso a sus ojos, y lejos de detener este horror, como hizo con Abraham, deja que se desarrolle la pasión hasta su término. Si no es por una realización personal y puramente interior, ¿cómo podríamos invocar una Realización por esta vía material y lógicamente incomprensible?. Es justamente esto lo que debería

devolvernos a la vía. Si Dios sacrifica lo que tiene por más querido, es que la vía no es cosmológica o basada en el conocimiento discursivo. Ella es asimilable a una antropología divina, pues el hombre es el único libro escrito de la Mano de Dios. El más prestigioso de los Templos que haya podido elevarse a la Divinidad, es su propio corazón, amando a su Creador y no buscando otra cosa que la manifestación de Su Voluntad. Sus solas oblaciones reconocidas son un corazón roto y contrito, y no un orgullo inmenso que pueda hacerle pensar que debe subir a la altura de su Creador.

Los tres Reyes que han seguido la estrella para postrarse ante este niño y declararlo sacerdote, rey y profeta no son, como lo piensan René Guénon y desgraciadamente el cristiano Jean Tourniac, el reconocimiento de la cristiandad por la tradición primordial, sino su reconocimiento espiritual ante el Hijo de Dios que sobrepasa todas las manifestaciones divinas conocidas hasta hoy.

En cuanto a Melquisedec, rey de Sáleem, sacerdote de Dios el Altísimo, aportó el pan y el vino para que Jesús, en la Cena, Hijo del Altísimo, pudiera dejarnos Su Presencia Divina. El sacerdocio cristiano se convierte entonces en la mayor posibilidad ofrecida al hombre de reencontrar el camino de Dios el Altísimo.

Nuestra Tradición Primordial está pues simplemente basada sobre la promesa de la realización total de la antigua ley, siguiendo la vía de Aquel que es en sí mismo el Camino que lleva al Padre.

Melquisedec, al igual que Abel, es la prefiguración del Salvador que siempre ha sido, que es y que será siempre. Para nosotros los cristianos, la «primordialidad» no tiene sentido histórico o cronológico sino que representa el Eterno Presente de aquel del que los profetas han encontrado siempre rastro en la Santa Biblia.

Deducimos de todo esto que la Realización Primordial, para nosotros no puede ser otra cosa que el Conocimiento, en todos los sentidos del término, de este Padre que ha amado siempre a su criatura a pesar de su culpa. Tiene un Nombre y ha dado un nombre a su criatura. Simplemente para comunicar con él de Persona a persona.

Esta relación privilegiada entre Dios y el hombre es sellada definitivamente por el envío de su Hijo, Luz que brilla en las tinieblas de la humanidad y que estas tinieblas no pueden comprender.

Así pues, nuestra vía de realización debe enseñarnos, según nuestro potencial, el camino que lleva a esta proximidad divina. No puede situarse en otra parte que en el esoterismo y más particularmente en el esoterismo cristiano. Entonces, cuestión que disgusta, ¿qué encontraremos en esta vía que la religión cristiana no pueda darnos?

La Iglesia en su sentido más elevado manifiesta la Presencia de Aquel que es la Verdad. Pero, Éste nos dice, que si dos o tres se reúnen en su Nombre, él estará entre ellos.

Si una iglesia rechaza el sentido interior de una doctrina, ésta se humaniza y deviene doctrina social, moral, o política en el peor de los casos. Podemos incluso imaginar que a fuerza de ignorar los misterios Divinos, que la doctrina interior se debe guardar en la memoria, acaba sirviendo a la naturaleza menos divina del hombre. Por el interior, el lenguaje de la Verdad es velado en el simbolismo, en el ritual, la plegaria, la invocación u otros. Es desde el interior que la Verdad puede permitirse desvelarse al exterior y no al contrario. Recordemos la cólera divina contra los fariseos que creían hacer bien: *«¡Ay de vosotros, los doctores de la Ley!, porque os llevasteis la llave del conocimiento; vosotros no entrasteis y estorbasteis a los que iban a entrar.»* (Lc XI, 52)

Entonces reconozcamos al menos a nuestras iglesias que hacen lo mejor que pueden pero no se puede juzgar las verdades interiores sin practicarlas. En cuanto a nosotros, velemos para que no pierdan la sustancia medular de la Tradición revelada.

Esperemos que las siguientes palabras del Salvador no se dirijan a nuestros pastores: «¿Por qué les hablas en parábolas?» Y él contestándoles les dijo: «A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, a ellos no les es dado. A aquel que tiene se le dará, y le sobrá; y al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará. Por eso hablo en parábolas porque viendo no ven, y oyendo ni oyen ni entienden.» (Mateo XII, 10-13).

Cómo esperar entonces que no nos reunamos, no formemos esta verdadera Iglesia Interior que no tiene otro objetivo que el de acercarnos al Padre por medio del Hijo, pues nada de lo que pidamos en su Nombre será rechazado por el Padre.

Cristo permite vivir el eterno presente en el que el hombre puede a cada instante buscar la reconciliación con el Señor para su ayuda.

Este largo camino recorrido de pensamiento es en mi opinión indispensable. En una disertación escolar, todo lo que ha sido dicho podría ser tachado como «fuera de lugar».

Para volver al tema inicial, nos queda verificar que el R.E.R. se sitúe bien en el esoterismo cristiano.

Constituido en primer lugar por tres grados que le hacen parecerse a las otras masonerías, se aleja de ellas en la etapa que sigue al grado de Maestro. Y Jean-Baptiste Willermoz se aparta definitivamente de ellas en el régimen interior tratando a los otros masones de «falsos Hermanos» asimilándolos a las ramas que sobreviven poco tiempo después de haberse cortado el tronco del árbol del que provienen.



El R.E.R. lleva al Hermano a reencontrar algo más que la palabra perdida. Lo conduce al Verbo mismo a través de cuatro grados masónicos, símbolos del conocimiento artesanal. Los grados que le siguen le proporcionan el conocimiento del Arte Caballeresco en el que la guerra que declarará sólo será llevada contra aquellos que amenacen la Verdadera Religión.

Estos seis grados solicitan de los Hermanos que se purifiquen por la comprensión de esta doctrina que lleva perpetuamente su mirada hacia el Creador. Es la apertura del conocimiento de otra vía consagrada a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. Así pues, de aquel que ha reunido todo lo que estaba disperso para llevarlo al Padre: nuestro Señor y Maestro Jesucristo. Rituales formados por consejos, preceptos y adagios saludables que llevan lentamente al Hermano a la maduración necesaria, al rechazo de todo lo que es superfluo para aligerarse de sus propias culpas, fardos incompatibles con el verdadero perdón.

La oblación, el sacrificio expiatorio que es pedido al Hermano es que deje de satisfacerse con los pobres placeres de los sentidos y la materia. Es el de dar muerte a lo que siempre ha sido para convertirse en aquello que siempre hubiera debido ser. Todo está hecho para llevar al iniciado ante el altar de los perfumes a fin de que celebre un verdadero culto al Eterno, su Dios.

Toda esta etapa corresponde a la santificación de su propia persona a fin de pedir la Reconciliación con el Señor.

Hasta ahí, nada de exoterismo ni de esoterismo, solo la verdadera comprensión interior de una doctrina iluminada por la Luz increada de nuestro Salvador.

Por complacer a uno de nuestros antiguos Hermanos de Logia, para quien esta noción es tan importante como el aceite para los buñuelos, estamos todavía en los pequeños misterios, en el exoterismo de la doctrina esotérica cristiana definida precedentemente.

Así, la iniciación artesanal y real no pueden constituir por si solas la totalidad de la vía. Para que ésta sea completa, esta vía debe comportar un aspecto sacerdotal. Debe existir un lugar sagrado donde se desarrolle el verdadero culto primordial. Fuera del tiempo y el espacio, Dios pide desde siempre que este culto le sea celebrado. El culto primitivo de Adán, el de Abel, de Noé y el de Moisés deben suplantarse al de Caín. El hombre, decidido a no formar parte del rebaño de cerdos, debe sacrificar ante el Altar del Eterno todo lo que hace de él este viejo hombre embutido en su túnica de piel para revestirse de Cristo en un bautismo eterno en el que reencontrará su cuerpo glorioso resucitado en este nuevo hombre, imitación viva de nuestro Salvador.

Misterios de nuestro rito en el que existe ciertamente una dimensión sacerdotal.

Sabemos que Jean-Baptiste Willermoz, pedagogo de genio, rectificó la masonería de su tiempo, salvaguardando una doctrina, particularidad sin igual de nuestro rito. Nuestro rito es una tabla de salvación en este mundo cainita. Nos enseña la amplitud de nuestros errores y nos pone definitivamente en guardia contra este mundo de ilusión creado por el enemigo que trata de hacernos creer que somos iguales a Dios. Debe llevarnos ante las puertas de una vía sacerdotal en la que intelecto y corazón vivan unas bodas eternas.

Toda esta doctrina del RER debe revestirse, un día, de su verdadera utilidad. Aquella por la que nuestro Hermano Willermoz lo salvaguardó para llevarnos a descubrir su verdadera misión sacerdotal.

Seguro de estas últimas palabras, os diría pues, que pertenecemos a una verdadera vía de realización espiritual. Aquella que labra al Hermano a fin que

pueda realizar el conjunto de la vía. Esto hace pues de nuestro rito un verdadero «instrumento de realización espiritual».

He aquí lo que hace de él la verdadera plancha trazada por la Eterna Voluntad de nuestro Creador por la perfecta imitación del camino de nuestro Salvador, Gran Arquitecto del Universo.

Esta vía no puede ser diferente de la religión cristiana, no puede diferenciarse de la más importante de las virtudes, la humildad. Esta virtud sólo puede entrañar al impenetrable en la ruta de la purificación de sí mismo.

Terminaré por deciros que sólo nos queda comportarnos como la Virgen María, tierra virgen, pura y sin tacha a fin de fertilizar nuestro corazón, permitiéndole llevar a la madurez con el mayor de los cuidados a este niño frágil que es nuestro nuevo hombre, no olvidando jamás las primeras palabras enseñadas por nuestro Señor en la plegaria a su Padre, esta Palabra de vida: «*Fiat Voluntas Tua*».

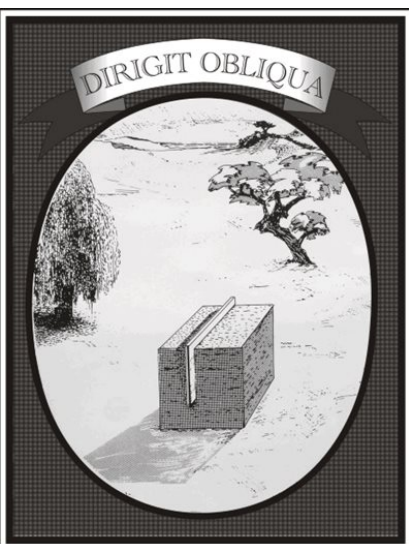


Deponens aliena ascendit unus

(surcando el mar de las idolatrías)

Este breve trabajo es un acto de aprendizaje en el seno del Rito Escocés Rectificado, en el que estoy rehaciendo mi iniciación masónica, ahora firmemente asentada en bases cristianas. Seguramente, el resultado no será ni justo ni perfecto, pero expresará el deseo honesto de un hombre que se esfuerza por despojarse de las ataduras que aún lo sujetan a las apariencias.

Desde mi llegada a la masonería rectificada siempre me han fascinado las divisas de los tres Grados azules o simbólicos, tanto por su sencillez como por su fuerza, así como por el hecho de estar plasmadas en latín, una lengua consagrada para la estabilidad ritual. Da igual que los iniciados en el RER hablemos múltiples lenguas indo-europeas, porque la referencia de nuestras divisas fundamentales se mantiene única y estable. Confieso haber dedicado buena parte de mis lecturas a esas divisas, a sus simples y capitales enseñanzas, porque en cada una de ellas hay un tesoro para la meditación.



Desde la columna truncada —y pese a todo, en pie- pasando por el bloque rectificado a escuadra y alcanzando la nave desarbolada sobre un mar en calma, todas estas imágenes han acompañado durante meses mi memoria y mis reflexiones. Cualquiera de esos grabados nos habla, nos interpela con intensidad y obliga a nuestra alma dispersa a concentrarse en lo que es decisivo. Concentrarnos en esos

sencillos esbozos nos lleva al centro del círculo, allí donde el error se disipa, porque ya no estamos dominados por el ego sino por la simplicidad luminosa de la Verdad. Y esas imágenes nos van llevando, lentamente, profundamente, desde la conciencia de reyes caídos, desde el esfuerzo penoso de reconstrucción, hasta la serena pobreza de una nave voluntariamente sometida a los designios del Gran Arquitecto, en su Océano de armonía.



Pero hay más. Cada grabado va, pedagógicamente (como indicaba Daniel Fontaine), acompañado por una breve divisa que ayuda a nuestra meditación. Al estar en latín, puede que perdamos matices de la propia lengua, pero ganamos en brevedad y precisión, y logramos que el recuerdo perdure en nosotros. Ciertamente, el maestro sabe que su fuerza no está en sí mismo, sino en el Espíritu que lo sustenta, y para que el Espíritu enderece el Ternario humano, el silencio y la esperanza son indispensables. La agitación y el voluntarismo mejor intencionados son murallas de arrogancia que se levantan contra la acción reintegradora del Espíritu. No importa que la nave, que cada hombre es, llegue al corazón del océano con los mástiles quebrados, porque ahí sólo debe soplar el viento de Dios, sin imágenes ni palabras.

Sin embargo, acercarse a la divisa de maestro exige un trabajo preparatorio sobre los dos lemas que presiden el Mausoleo, situado al Occidente del Templo. ¿Cómo meditar sobre la nave en el océano de la Verdad, sin antes despojarme de prejuicios, pasiones y apariencias?. Y no cabe duda que el mayor prejuicio es el de la muerte vivida como catástrofe definitiva, la muerte tal y como la presiente el mundo moderno. No negaré que, durante muchos años, también para mí la muerte fue motivo de angustia y cita amenazadora con el absurdo de existir. Por eso no entendía el sentido de la crucifixión cristiana, y la percibía como un innecesario masoquismo, como fruto de una gran tristeza o de un escaso apego por la vida, y así se lo dije en su día a mi maestro Panikkar. No puedo explicar cómo, pero todo eso ha ido mudando, hasta transformarse en algo próximo a los breviarios medievales, que hablaban de ese instante de turbación incomparable como ‘hermana Muerte’.

Durante muchos años de mi vida adulta, el vitalismo me hizo estimar la existencia, aunque sin comprender bien ni aceptar el dolor, la injusticia o la muerte, ese ineludible punto final a nuestro periplo personal. Y para suerte mía, siempre viví rodeado de creyentes, musulmanes los más, animistas y cristianos los menos: me gustó de ellos su entereza ante el dolor y la muerte, su sencilla esperanza en una eternidad misericordiosa, que mece a los humanos en lo cotidiano y los reintegra más allá de su óbito.

Poco a poco, volví a aprender las verdades elementales de la vida humana, hasta que un día eso me llevó a las puertas del Templo masónico. Pero cuando lo hice, Abdul Haq, un amigo musulmán, me advirtió inquieto: ‘No vivas sin regla, sin sharia, sin ley cotidiana. No seas un iniciado del vacío. Pon tus pies en el suelo, el cristiano, el pagano o el musulmán, pero no te aventures por las vías de un conocimiento separado de toda tradición’. El amigo musulmán era más joven que yo, pero ciertamente más sabio.

No es fortuito que nuestro ritual –apartado de Atavíos- señale al referirse al color azul que bordea el mandil del maestro que ‘no hay virtud sólida ni duradera, si no está sostenida por la religión’. Por eso, precisamente, la masonería andersoniana es una vía truncada, insuficiente, porque carece de ese sencillo y sólido cemento de unión que es la regla cristiana, además de no disponer de una cabeza coronada por una doctrina metafísica sin amalgamas ni sincretismos. Cuando hace meses encontré inesperadamente a mi buen amigo Abdul Haq y le comenté mi ingreso en la masonería cristiana, me abrazó emocionado: ahora se sentía tranquilo, porque la ruta era segura. Tampoco se puede ser sufí al margen del islam.

Ahora bien, durante mi recorrido en la masonería andersoniana, sin haber regresado al cristianismo, siempre vino a mi ánimo la plegaria del Sanctus: ‘Llenos están el Cielo y la Tierra de tu Gloria’. Tal vez fuera porque mi vitalismo y mis largas estancias africanas me habían hecho respetar esa formidable obra que es la manifestación universal, el mundo, la tierra, pero fuera cual fuese la causa, durante una década, lo mejor de mí se volcó en una renovada acción de gracias, en una alabanza constante a la Divinidad que había tejido tanta armonía a mi alrededor, a despecho de llantos e injusticias. En palabras de Panikkar, había que agradecer y respetar el misterio del gran juego cósmico creado por Dios, y en cuyo seno éramos pieza insignificante y a la vez central. Incluso el sacerdote que me absolvió de mis años de alejamiento eclesial me instó a dar gracias cotidianas al Hacedor por su inmensa generosidad conmigo, como con todo lo que existe por su Voluntad.

Ese reconocimiento de la belleza, de la armonía, lo tienen muchos humanos sin tener demasiada sensibilidad para con la Causa esencial de todo. Puedo recordar a mi padre, ya en sus últimos meses, disminuido por un cáncer, mirando un atardecer desde su ventana del hospital y exclamando: ¡Qué hermosa es la vida y qué duro tener que marcharnos!. Y mi padre no era hombre de fe, tan sólo sensible a la belleza de una realidad a la que se sentía íntimamente unido. Le comprendí bien, porque en esos momentos yo aún no había aceptado que todo lo que nos rodea es apenas un reflejo de Aquello que lo sostiene. Pero he necesitado mucho más que la iniciación andersoniana para comprender que quien se apegaba desesperadamente a la vida es porque no percibe toda la dimensión eterna que la sustenta.

Por eso la Regla masónica, como el *Sanctus*, exige la alabanza del Creador y su Creación en su primer punto, pero ya en el segundo recuerda al hombre que, siendo una obra perfecta, a imagen de Dios, debe separar su alma inmortal ‘de

las alianzas extrañas' (Regla Masónica II, p.97). Y es una extrañísima alianza ver como única realidad la de la inestable materia.

En el tercer viaje del Compañero hacia la maestría, el V.·M.· le indica que todo hombre al nacer camina hacia su muerte, pero que la sabiduría permite abandonar el temor a ese 'instante en que la muerte le despojará de lo que le es extraño para devolverlo a sí mismo' (Ritual de Maestro). Esto es lo más costoso para el hombre aferrado a su vida terrena, a sus posesiones materiales y a sus ilusiones pasajeras, el desprenderse de lo que nuestra Regla llama 'alianzas extrañas' y el ritual de Tercer Grado describe como deshacerse de lo que nos es 'extraño'. Es la misma lección que algunos amigos musulmanes me enseñaron teóricamente durante años, pero que sólo ahora voy comprendiendo: glorificar al Principio supremo, en cualquiera de sus nombres, y evitar cualquier idolatría. En palabras de Nasruddin, el andaluz, pero también de Yero, el sufí africano, idolatría es centrar nuestra alma en anhelos terrenos, dejar que nuestra mente se fascine por un mundo en constante movimiento, dar nuestro tiempo y energía a todo lo que es pasión oscura y realidad fugaz. Esas son las alianzas extrañas, los becerros de oro de los que hay que despojarse.

Lo digo con convicción, cordialmente, sin ocultar una cierta nostalgia por mi larga y vieja idolatría por un universo tan lleno de maravillas, incluso en el dolor y la derrota. Felizmente, esa nostalgia se va diluyendo ante la convicción de que con cada renuncia, con cada desprendimiento de ropajes, puedo notar la brisa fresca y silenciosa que restablece los puentes que ayer rompí, aquella columna truncada que nunca dejó de sostenerse hasta restablecer el lazo íntimo que lleva a la criatura hacia su fuente absoluta. Como Adán, todos hemos caído en el barro, pero como expresó Oscar Wilde, no todo se perdió, porque algunos seguimos mirando hacia las estrellas: ¡*Adhuc Stat!*!, reza la divisa del Primer Grado. Y desde esa antigua base, desde ese respeto por la Obra, muchos hemos ido regresando hacia su Autor, comprendiendo que la obra es sólo un reflejo del Gran Arquitecto.

La riqueza de los rituales rectificados me sorprendió desde mi primera Tenida. Puede que haya más belleza formal en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, pero el RER dispone de una fuerza que nunca antes había experimentado: sus divisas, su instrucción, la ubicación pedagógica de sus símbolos, la larga invitación a reflexionar sobre la muerte y la reintegración en nuestra real naturaleza espiritual, todo ello constituye un auténtico programa de esoterismo cristiano, capaz de guiar a los adeptos hacia su objetivo. Mi primera impresión, al ser rectificado como maestro, fue de sorpresa ante el curioso

mausoleo culminado en obelisco y situado en Occidente, ante todo porque se contraponía al bajel desmantelado en Oriente, el espacio del sol naciente.

Reflexionando, en estos meses, me he percatado de la idoneidad de su emplazamiento: hay que dejar los metales fuera del Templo, y el maestro debe despojarse de todo lo extraño para dejar que el Espíritu alce su vuelo a los Cielos primordiales. Sin ese previo desnudarse en Occidente, sin esa liberación de agarres materiales en el Oeste del Templo, no puede el maestro acercarse al Oriente. Hay que morir al mundo para seguir rectamente en él, aunque estando más allá de sus límites corpóreos: Adam Kadmon, el Hombre Primordial, no era de carne y hueso, sólo con su caída –que es la nuestra- se corporeizó, y quedó sometido al dolor de las limitaciones materiales.

Como enseña la Instrucción Moral, refiriéndose al sepulcro de Hiram: ‘Esta tumba es el emblema de la materia universal, que debe de acabar tanto en su totalidad como en parte, y a la que un nuevo reino, más luminoso, debe suceder’ (p.100). Hay perfección incluso en la apariencia, en la materia, en la creación, en el simple sueño de la Divinidad, pero nuestro anhelo es reintegrarnos en nuestra primitiva esencia, volver a la filiación plena de la que nos hemos ido alejando, colectiva e individualmente, más allá de la tumba, de la muerte, de todo lo perecedero. Contaba Jenofonte de Sócrates, en sus últimas horas, que rehusó escapar porque toda su vida había sido una preparación para ese supremo momento en que el sabio puede por fin liberarse de ataduras y de espejismos. Pero sólo el auténtico filósofo, el que ha asumido plenamente su condición humana, puede hacer de la muerte una elevación y no un suicidio angustiado.

De hecho, como se enseña ya en segundo Grado, sólo los insensatos pasan su vida viajando sin saber a dónde se dirigen, mientras los sabios son conscientes de la finalidad de cada acto o movimiento (2º Grado, 1ª máxima). Tal y cómo se indicará más adelante, en el siguiente Grado, los maestros viajarán en todas las direcciones con el preciso objetivo de ‘reunir lo que estaba separado y difundir la luz’ (Instrucción para el Grado de Maestro, 3ª Sección). Y ese reunir lo disperso, ese concentrarse para que la luz brote desde el único centro de Vida Eterna, es algo que sólo puede hacerse dejando a un lado todo lo que nos es ajeno – *deponens aliena*- y muriendo a todas las ilusiones e idolatrías.

En el tercer viaje del candidato a la maestría, el 2º Vig.: enseña, al igual que Sócrates, que: ‘... el hombre no vive más que para la muerte, y sin la muerte no puede llegar a la vida’ (Tercer viaje). Y poco después, el V.:M.: insistirá en que somos víctimas de la muerte desde el momento en que nacemos, y el sabio debe dejar que ella le despoje de todo lo extraño, sin temor (Tercer viaje). No

hay obsesión con la muerte, sino lucidez asumida, para escapar a la banalidad profana y a la dispersión del alma.

Incluso aspectos que podrían interpretarse erróneamente como jubilosos, tienen un significado muy otro, como nos enseña la pedagogía del Rito Escocés Rectificado. Las tres baterías del Grado significan ‘el fin o la descomposición de los cuerpos’ (Instrucción para el Grado de Maestro, 3ª sección), lo que confirma la inscripción que se halla en la base del mausoleo ubicado a occidente: ‘Ternario formatus, novenarius dissolvitur’ (plancha IV). Asimismo, en palabras de Jean-Baptiste Willermoz: ‘Ese nº 9 designa el fin de las cosas temporales’ (J.Ursin, *Instruction à l’usages de Maîtres*, p. 59), y esa es la doctrina de Martínez de Pasqually sobre el novenario como punto de disolución.

Para la iniciación masónica de raíz cristiana, el 3 es la base principal de todo lo manifestado (como ocurre con el Misterio de la Santísima Trinidad), pero su cuadrado simboliza la vacuidad de toda multiplicidad: no en vano, como enseñaban los antiguos sacerdotes de Heliopolis, el 9 expresa toda la dimensión del Múltiple, que no es más que la antesala del retorno al Uno, única realidad eterna e inmutable. Mientras el 3 es el despliegue inteligible de Principio Supremo, aquél punto al que todo hombre de deseo anhela regresar, el 9 resulta el lugar de la dispersión, de lo ajeno, de lo que hay que disolver para que ‘uno sólo se eleve’, como bien reza la inscripción situada en lo alto del obelisco que se levanta sobre la tumba-mausoleo (plancha IV).

El 3 nos permite acceder a los diversos aspectos de la Realidad, pero la disolución del 9 con toda su complejidad aparente nos abre el camino del ansiado retorno a la casa paterna, permite que como hijos pródigos después de abandonar falsas ilusiones nos volvamos hacia Oriente, liberados de lastre y emprendiendo el ascenso del Espíritu que siempre habitó en nosotros. Hemos sido formados trinitariamente –en cuerpo, alma y espíritu- y nos hemos dejado arrastrar hacia la vorágine dispersiva del 9, la multiplicidad material, hasta ponernos en condiciones de dejar que el Espíritu nos eleve hacia su región natural, allí donde sólo Uno es.

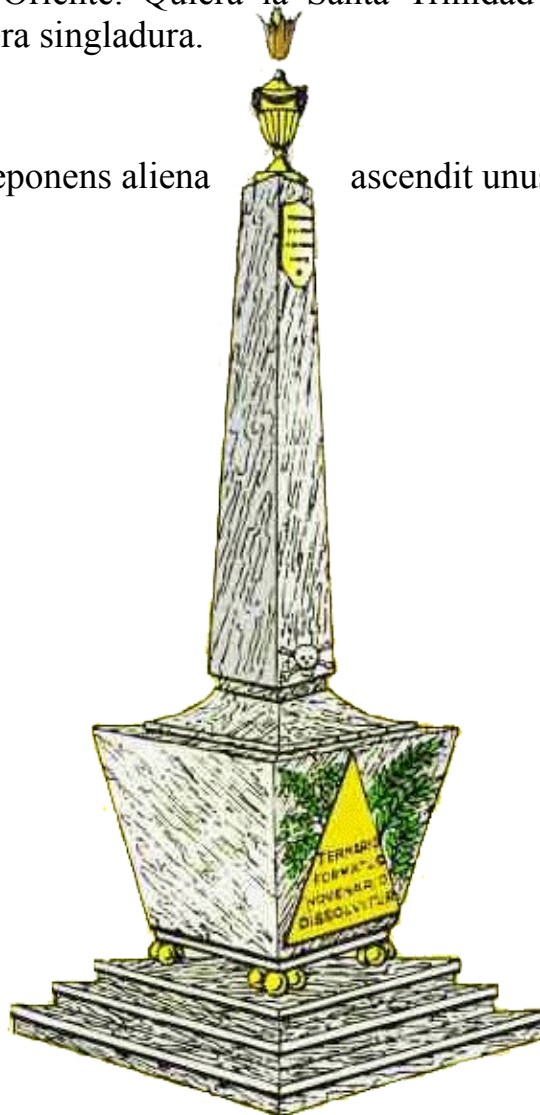
Liberados del peso de las apariencias, de sus sombras fantasmales, depurados de nuestras idolatrías y pasiones anímicas, podremos entrar en el océano tranquilo de la Verdad, aunque mástiles y timón estén ya quebrados. Cuando Aprendices dejamos los metales fuera del Templo; cuando Maestros debemos aprender a dejar los ídolos –el peor, el del ego- para que el alma liberada emprenda su ascensión de la mano del Espíritu.

El hombre es una nave surcando el mar de perfección que es la Obra divina (Jean Ursin, *Instructions à l'usages des Maîtres*, p.46), una Obra en cuyo seno la nave debe abandonarse confiadamente para que podamos imitar al Hijo, para que la reintegración pueda producirse, con el *Fiat voluntas tua* (Hágase Tu voluntad). Hay un largo y tenaz camino a seguir, desde el Occidente en el que se levanta el mausoleo de nuestra propia muerte, hasta el Oriente en el que la nave silenciosa y esperanzada avanza hacia su fin último: el retorno a nuestra única y verdadera naturaleza.

Pero, hoy aún, es tiempo de preparación para la muerte, para la disolución de las pasiones y para esperar confiadamente la única Luz que puede elevarnos: demasiados mástiles de vanagloria pueblan todavía el puente de la nave, siempre ansiosa de regresar al Oriente. Quiera la Santa Trinidad proteger esta frágil embarcación en su sincera singladura.

Deponens aliena

ascendit unus



El simbolismo ancestral del Agua

El Agua es un elemento que ha revestido un aspecto sagrado en todos los tiempos y constituye, junto con Tierra y Fuego, el modo fundamental de la manifestación sensible. Está en todas partes, impregnada de una cualidad sagrada. Es el elemento del que surge la vida, que lava, que hace crecer y da vitalidad; es el elemento que contiene las formas bellas, las emociones y los sentimientos. Constituye un elemento común de todas las tradiciones primordiales y un símbolo para la mayoría de las religiones. Sumerios, egipcios, griegos...desde tiempos remotos el Agua viene siendo símbolo de vida, purificación y fuerza creciente.

El Agua conforma la mayor parte del planeta Tierra, interviniendo en los tiempos, en los ciclos y en los cambios. Como principio, la tierra representa el poder fecundante de la naturaleza. Sin embargo, es el Agua quien permite que este poder se manifieste. Todos sabemos que las semillas necesitan Agua para germinar y que las plantas no pueden crecer sin ella a través de la lluvia, del rocío o de la humedad ambiental. Estos dos principios son complementarios e interactúan constantemente el uno sobre el otro, el primero, debido a su naturaleza penetrante y disolvente (el Agua) y el segundo (la tierra) por sus cualidades absorbentes y fecundantes. Asimismo, conforma las vestiduras física y cuerpos emocionales de los seres humanos. El hombre se desarrolla en un medio líquido durante todo su periodo prenatal y antes de dar a la luz la expresión “romper las aguas” es tan antigua como cierta. Sabemos que el 70% de nuestro cuerpo está formado por Agua y que la sangre contiene un 90% de ella. También sabemos que es posible vivir varias semanas sin comer, pero no se puede sobrevivir sin beber Agua más que unos pocos días. Por eso, es evidente que el Agua es una necesidad para nuestro bienestar físico, resultando indispensable para todos los seres vivos.

El Agua, del mismo modo que el *ichthys*, pez en griego, hijo de la diosa del mar Atargatis (conocida también como Afrodita o Delphina), es símbolo de fertilidad, de fuerza natural femenina, el útero materno generador de vida. En el siglo II la Iglesia tomó la palabra *Ichthys*, como símbolo de Cristo, o *Vescica Piscis*. En ella, significativa es la geometría sagrada que conforma su símbolo y sus letras que representan las iniciales de la frase *Iesous Christos Theou Yios Soter*. Del mismo modo, las fuentes bautismales, tan numerosas en la Cristiandad medieval, llamaban la atención sobre el aspecto sagrado del Agua

como tal; recordaban que el agua es un símbolo de purificación, regeneración y gracia, lo que aparece claramente en la simbólica iniciación del bautismo.

El elemento Agua aparece en el volumen sagrado 375 veces. En el Antiguo Testamento acompaña los relatos del libro de Génesis, Ezequiel, Éxodo y Eclesiástico. En el Nuevo Testamento, la encontramos en Mateo, Lucas y Marcos donde se relata el bautizo de Jesús por parte de Juan el Bautista en las aguas del Jordán. Juan bautizaba para ser fiel a su ministerio de precursor, debía antes bautizar al Señor por la misma razón que había nacido antes que él, que predicaría antes que él y moriría antes que él (Beda el Venerable). “Yo a la Verdad os bautizo en Agua para arrepentimiento; mas el que viene tras mí, más poderoso es que yo; los zapatos del cual yo no soy digno de llevar; él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego”. En clave macrocósmica, Juan el Bautista representa también el solsticio de verano en la tradición cristiana, que da comienzo al ciclo descendiente solar del año. Los signos de la nueva Ley atestiguan la venida de lo que anunciaron los antiguos. Y Juan es entre todos los precursores de Cristo el que lo anuncia como inminente. En Juan el Evangelista, el discípulo predilecto, se contempla el primer milagro del Señor en las bodas de Caná y en el capítulo 18 se relata que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y de la yaga, una de las cinco, al punto salió sangre y Agua. Juan nos habla también del milagro de la samaritana que mostró al Señor su necesidad espiritual, “dame de beber”, el Agua como símbolo de Fe, “el agua viva”. Así pues, frente a las Aguas estancadas del pozo de Jacob, el Señor ofrece un manantial de Agua saltando. Y de la misma manera, en sus últimos momentos de vida, volvía a repetir en medio de su agonía la misma frase: “Tengo sed”. En Apocalipsis, “el Ángel me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero, en medio de la plaza de la Ciudad”. La máxima enunciada tras la prueba del Agua dice así: “Aquel que se avergüenza de la religión, de la virtud y de sus Hermanos, es indigno de la estima y de la amistad de los MASONES”. Jesucristo se revela como Señor del Agua viva y por tanto él es la fuente. Siempre en Juan se lee: “Si alguno tiene sed, que venga a mí y que beba”.

Los elementos de la Naturaleza también representan a los evangelistas, simbolizando la totalidad. El Agua, al Evangelista Juan, el águila, sabiduría y unión entre espíritu y materia. Representa también el solsticio de invierno, que inicia el ciclo ascendiente solar del año y que anuncia la natividad del Señor, la Luz. Juan fue constituido en el Calvario “hijo de la Virgen” y se convirtió así en su guardián y en el prototipo de todos los “guardianes de la Tierra Santa”, *custos Virginis* y patrón en la época medieval de los constructores de las catedrales.

Agua, Tierra y Fuego, respectivamente Padre, Hijo y Espíritu Santo, componen el eterno Triángulo Divino en el que la Unidad divina es el principio y el centro. “Dios es el centro y desde el centro lo llena todo”, se lee en las Instrucciones de Willermoz. Asimismo, Agua, Tierra y Fuego componen la materia, o “Novena” donde cada uno de los tres elementos es un mixto ternario de Azufre, Sal y Mercurio, que corresponden a Cuerpo, Alma y Espíritu. El hombre actual es pues un compuesto de estas tres sustancias y cuando el principio vital termina se escapa y va a integrarse con la masa general de donde proviene. Entonces, el Espíritu se convierte en libre y sube o desciende a la esfera que haya escogido a lo largo de su unión al cuerpo material, por sus sentimientos y actos habituales.

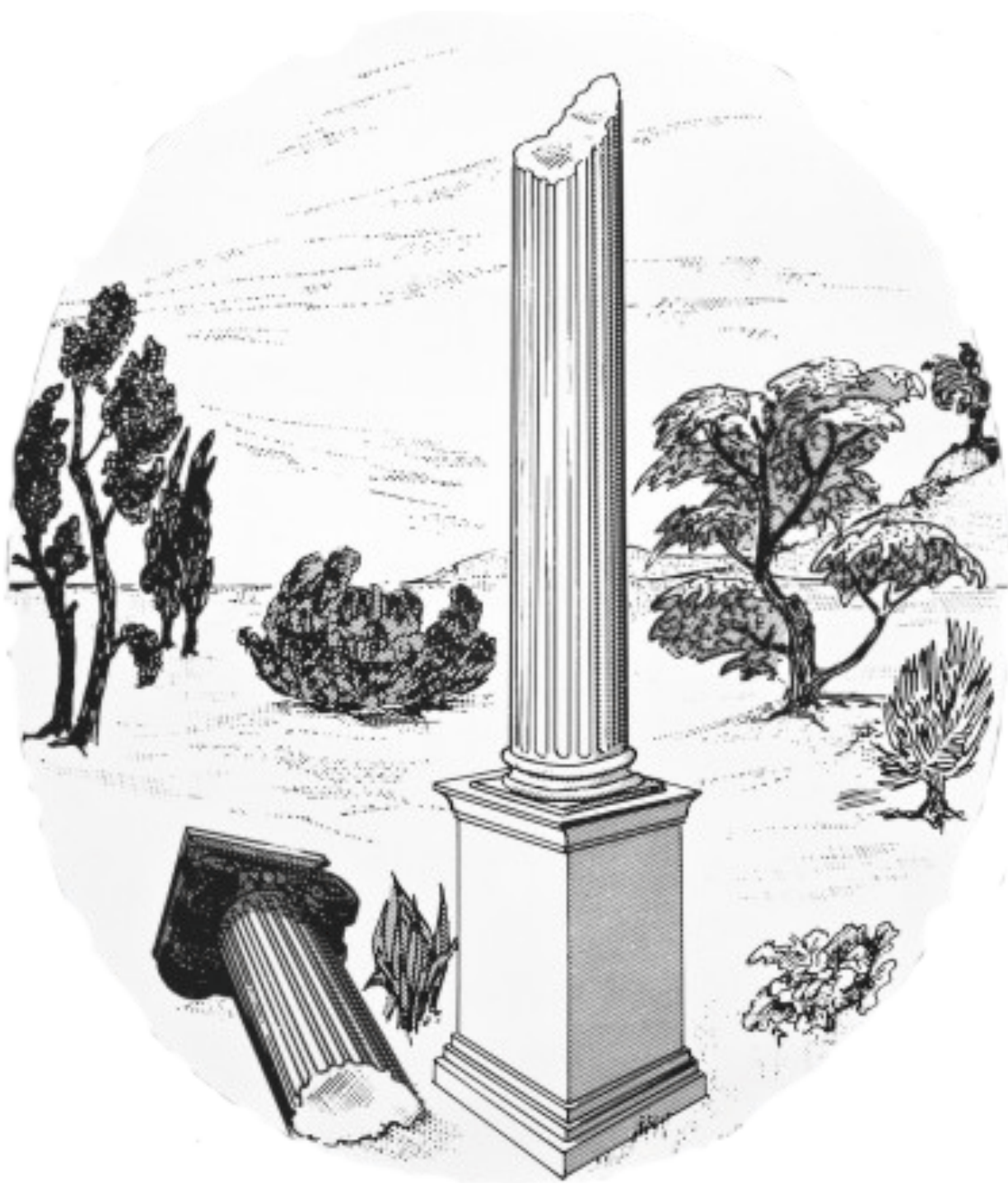
En Alquimia, el Agua viene representada por un triángulo con el vértice hacia abajo. Agua-Tierra (combinación pasiva) y Agua-Aire (combinación femenina) representan dos combinaciones posibles y dan origen respectivamente a frío y humedad. A su vez, la humedad, al igual que el Agua, se caracteriza por su doble función: de putrefacción o de solidificación, conservando la vida. En la Astrología está íntimamente conectada a la energía vital y a la luz de los siete planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, el Sol y la Luna más los dos nodos lunares Rahu y Ketu). Los metales, los minerales, las gemas, las plantas, los animales y también el hombre se originan a través de varias combinaciones de las siete energías planetarias, los elementos y los tres principios básicos. En el Tarot, el Agua aparece en las cartas de La Templanza y de La Estrella. En la primera, el Agua se vacía entre dos vasijas y en la segunda vuelve a su cauce a través de un cauce emergido. Significativa es la representación de ambas cartas, los colores, la numerología, los símbolos y el significado que cada uno puede sacar de ellas. En la primera, vaciar el Agua entre dos vajillas es sinónimo de privación de Luz, que nos recuerda la muerte espiritual que nos separa de Dios, la caída del Hombre, cuya consecuencia es el proceso de encarnación en la materia que nos cubre y que va a ser evocado a través de los elementos que en los viajes se presentan. Sin embargo, esta encarnación no es sólo el epílogo de la caída sino también, tal como se ve en la segunda carta, el principio de la regeneración del Hombre y su posterior reintegración espiritual. El Hombre buscador, perseverante y sufriente.

Finalmente, según las enseñanzas de la cábala, el fin último del Hombre equivale al ascenso del Árbol de la vida con sus 10 Sephiroth a través de los 4 mundos: de la acción, de la formación, de la emanación y de la manifestación. El elemento Agua corresponde al mundo de la formación, el Alma. Constituye el modo más simple de la materia en el orden cósmico y macrocósmico. Transpuesto al microcosmo humano, representa la imagen más simple de nuestra

alma cuyas características fundamentales se pueden comparar a los cuatro elementos. La humildad y la castidad describen bien la cualidad del Agua, que, en un río, se adapta a cualquier forma, sin por ello perder nada de su pureza. "El alma humana se parece al Agua", escribía el Hermano Goethe, retornando así una analogía que se encuentra tanto en las Escrituras sagradas del Próximo Oriente como en las del Extremo Oriente. El alma se parece al Agua, igual que el espíritu es comparable al Aire. Ser purificados por el Agua, es el retorno a lo preformal con su doble sentido de muerte y disolución, pero también de renacimiento y nueva circulación en la vida, en esta purificación el Hombre nuevo aparece, limpio de su viaje, saciando su sed en su forma exterior e interior. El hombre, sólo teniendo una idea clara y verdadera de las perfecciones de su modelo, sabrá qué es lo que debe destruir y qué es lo que debe construir. Ante el Hombre están puestos fuego y agua, muerte y vida: le darán lo que él escoja. El alma puede reconocerse a sí misma contemplando su reflejo en el Agua, tal cual es, encontrando allí la más hermosa prerrogativa del hombre, la de conocerse a sí mismo. Solamente así, sin perder la Fe, la esperanza y el valor, podrá alcanzar su plenitud navegando como un navío desarbolado sobre un mar en calma.

Es por la disolución de las cosas impuras que el Agua lava y purifica, pero también encubre las influencias funestas y los principios de la putrefacción.
(Ritual de Aprendiz. Rito Escocés Rectificado)





(Seguiremos en el próximo número III)

